

ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
Prólogo	11
Introducción.....	15
 CAPÍTULO I. CUANDO LOS HOMBRES MANDABAN	 23
Aquel Madrid	25
Columna son de la casa los hijos varones	42
En alta cuna o en baja cama	49
¿Comadrona o cirujano comadrón?	52
Nacer en casa o en el hospital.....	58
Nacer en galeras.....	60
Las asociaciones de caridad.....	65
Recogidas, arrepentidas y embarazadas por descuido o accidente	69
Nacer en el reformatorio	71
Un saco de paja para las embarazadas.....	73
O ama de cría o reina de España	78
 CAPÍTULO II. EL OFICIO Y LA INSTRUCCIÓN QUE CONVIENE A LAS DONCELLAS	 87
Enseñar al que no sabe.....	89
La formación de las clases populares	91

	<i>Pág.</i>
Las mujeres conquistan la Matritense.....	94
La Real Junta de Damas de Honor y Mérito y las Escuelas Patrióticas.....	98
Las escuelas gratuitas de las Diputaciones de Barrio.....	103
La educación de las señoritas.....	106
Ganarás el pan.....	115
María de las Nieves Álvarez: de ama de casa burguesa a empresaria modelo.....	123
CAPÍTULO III. LAS CONDESAS QUE IBAN A LA CÁRCEL.....	135
Buenas mujeres. El Hospital.....	137
El Hospicio.....	145
Malas mujeres. La sala de corrección.....	148
Los delitos masculinos.....	156
Esclava te doy.....	157
La boda de María Josefa Calleja.....	163
San Nicolás de Bari. La cárcel del resentimiento.....	167
Una historia de acoso sexual: el caso de María de San Miguel.....	170
¿Eran alegres las viudas del Antiguo Régimen? Ana María Canyuwell, viuda de Vandergoten.....	176
CAPÍTULO IV. DE LA CARIDAD PRIVADA A LA JUSTICIA SOCIAL.....	185
¿Qué hacer con las mendigas?.....	187
El asilo de San Bernardino.....	189
Márchese, señora condesa.....	200
La última estación.....	203
El Hospital de Jesús Nazareno de mujeres incurables.....	207
Para que no me olvides.....	211
Epílogo.....	221
Bibliografía.....	223
Relación de documentos consultados.....	237
Siglas de archivos.....	243

Aquel Madrid

Cuando Carlos III llegó desde Nápoles a la capital de su nuevo reino, un lluvioso día de otoño de 1759, se encontró con una ciudad pequeña, oscura y sucia, con calles tortuosas y mal empedradas, flanqueadas por casas de piedra y palo que a primera vista causaban una penosa impresión. Las torres y fachadas de los numerosos edificios religiosos y la monotonía de los severos muros conventuales no contribuían a alegrar mucho el conjunto.

Aquel rey de ojos azules pequeños, nariz larga y boca sumida tampoco gustó demasiado al pueblo que presenciaba el paso de la comitiva. El nuevo soberano estaba calvo y cubría su pequeña cabeza con una rígida peluca, algo anticuada; tampoco vestía como un elegante, aunque en aquella ocasión había cambiado su habitual casaca de paño pardo, el chaleco de badana y los guantes de piel que llevaba al campo por la chupa y el chaleco a la francesa más a tono con el momento. No era lo que se dice un hombre apuesto, pero cuando se le conocía mejor atraía por su aire bondadoso y por la chispa de la inteligencia que se adivinaba tras su pícara mirada.

No hubo amor a primera vista, según E. Clark el monarca incluso se disgustó cuando el 13 de julio de 1760 los fastos de su entrada oficial le privaron de cuatro días de caza (Checa, J. L.: 1993, 166). Pero, por suerte para los madrileños, entre Carlos III y aquel pueblucho desprovisto de encantos pronto surgiría un largo y no siempre tierno idilio. Un sentimiento mantenido pese a la distancia, porque el rey lo que se dice vivir, vivió la mayor parte del año en los Reales Sitios, que eran también espléndidos cazaderos de su exclusivo uso. Servando

Teresa Mier (Checa, J. L.: 1993, 315) dice que Carlos III salía de caza antes de romper el día, «lloviese o tronase», en compañía de sus monteros (oriundos todos de la localidad de Espinosa) y de un emjambre de podencos. En aquellas excursiones los que peor lo pasaban eran los guardias de corps, que con frío o sin él debían correr tras el coche real vestidos con el simple uniforme. Como al rey no le gustaba el teatro y menos la música, nada más llegar despidió al gran cantante Farinelli que había hecho las delicias de su hermano Fernando, alegando que los capones donde estaban bien era en la olla. La caza fue su única pasión y con ella alegró los años de soledad que siguieron a la muerte de su muy amada esposa, María Amalia de Sajonia.

Para que Madrid se asemejara a una corte europea lo primero que había que hacer era limpiar sus calles de inmundicias, porque la costumbre de arrojar a las vías públicas las basuras y aguas residuales hacía que hasta las zonas más principales se asemejaran a sucios albañales. Dice Hausser (1979, 75) que el rey quedó asombrado porque la Puerta de Atocha se utilizara como vertedero de escombros y que los madrileños sólo pudieran pasear por el *Prado Viejo*, por cuyo centro se deslizaba un arroyo asqueroso que venía desde la fuente Castellana.

La ciudad carecía de cualquier política sanitaria y sólo se limpiaban las vías públicas los días que precedían a las fiestas solemnes, pero el remedio era peor que la enfermedad: al caer la noche, cuenta el conde de Fernán-Núñez (Sáinz de Robles: 1933, 470), una serie de carros tirados por mulas, cuyas ruedas habían sido sustituidas por unos maderos redondos, arrastraban «todo lo grueso de la inmundicia» y detrás del pestífero cortejo algunos hombres provistos de escobas rebañaban los restos. La repugnante cosecha se vertía luego en varias alcantarillas y sumideros repartidos por la ciudad. Esta costumbre no era del agrado del Protomedicato que prefería que no se removiera la basura de la calzada para que no se enrarecieran y caldearan los finos vientos del Guadarrama. Un médico de Cámara, Antonio Pérez Escobar, advertía que la gran mortalidad que reinaba en la villa era debida a los «efluvios» que desprendían «los 14 hospitales, los cementerios dentro de la población, las 10.000 letrinas, las cinco cárceles, las oficinas del rastro, Saladero, muladares y demás inmundicias» (Hauser, P.: 1979, I, 76).

Y luego estaba los animales: perros, gatos, gallinas, cabras, asnos, caballos y otros bichos domésticos y de compañía pululaban a su antojo por todas partes, sin que al parecer su presencia molestara a los viandantes; cerdos había menos, porque los únicos que podían soltar sus cochinos en la vía pública eran los frailes del convento de San Antón. Parece que a los perros no les sentó muy bien el frío seco del año 1764 porque dice el marqués de San Leonardo que en unos pocos días habían perecido unos 1.500 animales (Cepeda Adán, J.: 1966, 221). Pero por entonces Madrid ya no era el mismo: cientos de pozos negros recogían las materias fecales que los «carros de Sabatini» vaciaban de tarde en tarde y aunque el verdadero alcantarillado tardaría en llegar más de un siglo, una extensa canalización subterránea recibía las aguas pluviales y las inmundicias de las calles; los propietarios de las casas fueron obligados a poner canalones para conducir a estas primitivas alcantarillas el agua de la lluvia y a colocar baldosas a lo largo de la fachada. Las calzadas también lucían un flamante e incomodísimo empedrado formado por pequeños cantos azulados del más fino pedernal, colocados de punta para tormento de los paseantes.

Lo de arreglar el trazado de las vías públicas ya era otro cantar. La ciudad estaba cercada por un muro de tierra de carácter fiscal, levantado por Felipe IV, que hacía tan difíciles las reformas urbanas como su expansión natural y sólo algunas calles y plazas fueron ensanchadas o alineadas. Las fábricas reales, que necesitaban grandes superficies para sus talleres, fueron instaladas fuera del perímetro de la cerca, delimitándose desde entonces una zona industrial claramente diferenciada de la residencial.

Los suntuosos edificios oficiales construidos en este reinado se hicieron sin modificar el trazado de las calles, aprovechando el espacio hasta el límite. Juan de Villanueva proyectó el Museo de Historia Natural, el Jardín Botánico y Observatorio Astronómico; Francisco Sabatini, la Real Aduana, la Puerta de Alcalá, las Reales Caballerizas y junto con Hermosilla, el Colegio de Cirugía de San Carlos y el Cuartel de San Gil. Hermosilla también urbanizó el curso del arroyo de la Castellana para dar lugar al Salón del Prado, con sus fuentes de Cibeles, Neptuno y Apolo, aprovechando un terreno amplio y despejado de propiedad real. Desde Cibeles a Sol, la calle de Alcalá completaría una zona espléndida donde los grandiosos

edificios sucedían a los jardines y fuentes del Prado en perfecta armonía. El muro de escasa legua y media que rodeaba a la capital estaba jalonado por una serie de viejas puertas y portillos que vamos a enumerar a partir de la de Alcalá. Desde allí la muralla seguía en dirección norte, por lo que hoy es calle de Serrano, hasta el convento de los Recoletos, donde había otra puerta del mismo nombre. Después de girar al oeste y atravesar el lugar que ahora ocupa la Biblioteca Nacional, discurría por la actual calle de Orellana y rodeando el Convento de Santa Bárbara llegaba hasta un portillo de un solo arco, el de Santa Bárbara, al final de la calle de Hortaleza; en 1721, extramuros de este portillo se estableció la Real Fábrica de Tapices. Una nueva puerta, la de los Pozos de la Nieve, cerraba la calle de Fuencarral, en lo que hoy es la glorieta de Bilbao. La salida siguiente era la Puerta de Santo Domingo, también llamada de Fuencarral. La muralla seguía hasta la Puerta de Conde Duque, para dirigirse después, siempre hacia el oeste, hacia la de San Bernardino o de San Joaquín, que estaba cerca del convento de los Gilitos, aproximadamente en el cruce de las actuales calles de la Princesa y Alberto Aguilera. Casi rozando la pared del jardín del Palacio Real estaba la Puerta de San Vicente, destruida en 1770; poco más allá, estaba la vieja Puerta de la Vega, donde está la cuesta que lleva su nombre. La muralla bajaba luego en dirección sur para abrirse en las Puertas de Segovia, frente al puente homónimo, y luego seguía hasta el Portillo de Gilimón, llamado así porque en el siglo xvii vivió en aquel lugar Gil Imón de la Mota, un fiscal del Consejo que tenía en el patio de su casa un estandarte con un águila dorada, que daría nombre a su calle. Después venía la Puerta de Toledo y, siguiendo hacia el este, el Portillo de Embajadores. Hasta 1778 no se construyó el Portillo de Valencia, al final de la calle del Avapiés, y poco más allá, rozando la severa mole del Hospital General y en la glorieta de su nombre, estaba la Puerta de Atocha que ponía el límite al Paseo del Prado. Frente al santuario de la Virgen de Atocha, tan querido por los reyes y la nobleza, estaba la enorme Puerta de la Campanilla y luego, torciendo bruscamente para rodear los jardines del Buen Retiro, el muro llegaba hasta la Puerta de Alcalá por donde comenzábamos el recorrido.

Las puertas de Toledo, Atocha, Recoletos y San Vicente, de salida hacia los Reales Sitios, fueron transformadas en momumentos

que causaban la admiración de los viajeros, sobre todo la grandiosa Puerta de Alcalá, que fue diseñada a modo de arco triunfal por Sabatini para conmemorar la llegada de Carlos III a la Corte. También se construyeron paseos ajardinados de circunvalación, como el de la Florida y el de las Delicias, que proporcionaron a Madrid un bello marco de verdor del que estaba muy necesitado, porque tiempo atrás habían desaparecido de los alrededores todos aquellos árboles que en otra época le dieron fama de «buen bosque de puerco y oso».

Todas las puertas de la ciudad se cerraban por la noche y al amanecer se abrían a los campesinos que traían sus productos para venderlos en el mercado al aire libre de la Plaza Mayor y en puestos ambulantes distribuidos por las esquinas. Los jornaleros que acudían en busca de trabajo se cruzaban con los cabreros que sacaban el ganado a los campos vecinos y con ellos entraban o salían mercaderes, clérigos, militares, viajeros de todas las procedencias y condiciones, buhoneros, peregrinos y todo un mundo de marginados que, atraídos a la capital por la limosna del clero y de los poderosos, de tiempo en tiempo eran devueltos a sus lugares de origen.

Un hermoso cauce fluvial también hubiera convenido a Madrid y de paso habría favorecido el desarrollo de la industria; pero en su lugar tenía al pequeño Manzanares, que se quedaba casi seco varios meses al año y del que Quevedo renegaba tanto que llegó a bautizarle de «arroyo aprendiz de río». En 1770 se encargó a Pedro Martinengo la construcción del Canal del Manzanares, desde el Puente de Toledo hasta el Jarama, ya proyectado un siglo antes. Varios barcos chatos, que transportaban generalmente materiales de construcción, podían recorrer sus dos leguas navegables, donde había siete esclusas y cuatro molinos. Dice el conde de Maule (Checa, J. L.: 1993, 129) que en sus orillas se plantaron almendros, moreras y álamos blancos que pusieron una nota de vida y color en el casi desierto paisaje de los alrededores de la capital. Fernando VII mandó luego ampliar el canal hasta Vaciamadrid, restaurando las viejas esclusas, los puentes, los molinos y la graciosa plazuela del embarcadero junto al puente de Toledo, con su elegante ermita de la Virgen del Puerto, construida por Rivera y transformada ahora en parroquia (Mesonero Romanos, R. de: 1982, 322).

El abastecimiento de agua a la capital era otro problema pendiente de solución. Hasta bien entrado el XIX, salvo los privilegiados que

habitaban en palacios o conventos con fuentes propias, los madrileños tenían que acudir a las fuentes públicas a las que llegaba el agua de seis grandes «viajes» y varias galerías colectivas. Muchas personas de escasos recursos, sobre todo mujeres, se ganaban la vida vendiendo agua por las calles o transportándola en cántaros hasta las casas. Siendo tan cara y escasa el agua no podemos ser muy críticos con la general suciedad que reinaba en las viviendas y en sus habitantes, aunque algo habían mejorado los hábitos con respecto a tiempos pasados porque ya no se utilizaba «el negro de la uña» como medida de longitud. La falta de agua corriente era dramática en los centros benéficos que albergaban a grandes colectivos, como los hospitales o el Hospicio: a finales del setecientos las nodrizas de la Inclusa, situada en la Puerta del Sol, tenían que bajar hasta el río para lavar los pañales de los mamones; no es de extrañar que muchos bebés murieran a causa de infecciones cutáneas, originadas por la falta de higiene.

Otro reto que tuvo que afrontar Carlos III fue el de la iluminación de las calles, que era nula o muy escasa. Toda clase de maleantes, embozados en sus largas capas y tapados con grandes sombreros de alas que los hacían irreconocibles, sembraban de violencia la ciudad con una casi total impunidad. Madrid estaba lleno de lugares peligrosos que se convertían en intransitables al abrigo de las sombras de la noche y nadie se atrevía a salir sin la compañía de forzudos sirvientes, armados y con luces. Si el señor salía a caballo llevaba a su criado sentado a la grupa, mirando en dirección contraria, para vigilar la retaguardia. Las ordenanzas municipales obligaban al vecindario a colocar farolas en ciertas fachadas, pero eran desobedecidas de forma sistemática y sólo había tenues lamparillas ante las imágenes sagradas de algunas esquinas. Los madrileños decían que las luces «sólo servían para alumbrar picardías y obscenidades» (Tizón, H.: 1980, 78).

En 1765, el día de Santa Teresa, se encendieron por primera vez los 4.408 faroles de cristal sobre palomillas de hierro que iban a iluminar las calles desde el toque de oración hasta la medianoche. Estaban instalados a doce pies de alto, sobresaliendo vara y media de la pared de modo que los encargados de encender las velas de sebo de su interior tenían que subirse en una buena escalera. En cada cuartel de la capital se pusieron guardias para mantener encendidos aquellos fa-

roles que habían costado la respetable suma de 900.000 reales de vellón, que cayeron sobre los vecinos en forma de un impuesto llamado «carga de alumbrado».

Los bonitos faroles fue lo primero que destrozaron los encolerizados madrileños en el curso de los violentos disturbios de 1766, durante el llamado Motín de Esquilache, cuando el ministro de Carlos III, italiano y soberbio, prohibió el uso «de capas largas, sombreros gachos, gorros y redecillas», con el pretexto de que permitían a muchos maleantes ocultar sus armas. El pueblo no aceptó el uso del tricornio, cuyo nombre era evocador y ofensivo, ni tampoco la capa corta: hubo muertos por las calles y por vez primera se hace pública la existencia de una oposición a la política absolutista. Al grito de ¡Viva el rey, viva España, muera Esquilache!, masas de desheredados, reclutadas desde más altas instancias, asaltaron la vivienda del genovés en el cuartel del Barquillo, una hermosa mansión rodeada de jardines y huertas, edificada en el siglo XVI por Juan de Herrera para el mayorazgo fundado por el rico doctor Francisco de Sande, a la que se conocía con el nombre de Casa de las siete chimeneas (Mesonero Romanos, R.: 1995, 259).

Al final, las aguas volvieron a su cauce: Esquilache se fue a su país y los jesuitas, acusados de azuzar la rebelión, fueron expulsados de España un año después. Para restablecer el orden público, el conde de Aranda organiza redadas por los barrios populares y se procede al arresto de mendigos, ociosos y vagabundos. Muchos de los miserables que habían participado en los motines, junto con otras personas que simplemente carecían de trabajo, fueron encerrados en un nuevo Hospicio creado para ellos en San Fernando de Henares (Real Orden de 1 de junio de 1766). Los pobres ya no eran la representación de Cristo en la tierra, sino una carga para el Estado, un peligro público y una amenaza para la estabilidad del trono. Se establecieron medidas de policía y se dictaron severas leyes contra la vagancia y la mendicidad voluntaria. Un cuerpo de serenos contribuirán a mantener la paz en la noche madrileña y a partir de 1768 los nuevos alcaldes de barrio llevarán un control de los vecinos y de los forasteros, cuidando de la limpieza, el alumbrado, las fuentes y demás medidas de policía, como la de mandar a los pobres al Hospicio y a los niños abandonados a la Inclusa. En realidad sus competencias eran múltiples y tenían en su

barrio tan amplia jurisdicción criminal como cualquier alcalde en su pueblo.

Pasado el susto, el soberano continuó su política reformista y con su afán de embellecer a Madrid, aunque estaba tan disgustado por haber tenido que acceder a las exigencias del pueblo (exigencias que sólo cumplió en parte) que incluso pensó en trasladar la Corte. Por consejo del conde de Aranda y para hacer olvidar los desagradables acontecimientos, Carlos III autorizó los bailes de carnaval, prohibidos por el pío Felipe V, y abrió al pueblo los jardines del Palacio del Buen Retiro, que fue la residencia real hasta la conclusión del Palacio Nuevo, edificado sobre las ruinas del viejo Alcázar. Para acceder a los jardines del Buen Retiro las buenas gentes debían cumplir una normas bastante irritantes: las horas de visita estaban limitadas de media tarde hasta las nueve de la noche; las mujeres tenían que entrar con la cabeza descubierta y si llevaban manto o mantilla debían plegarla y guardarla en el bolsillo, so pena de que se la requisaran los guardias. Los hombres tenían que ir bien peinados, «sin gorro, red, montera ni cosa que desdiga del traje decente que se usa, por consecuencia con casaca y chupa, sin jaquetilla, capa ni gabán» (Bravo Morata, F.: 1985, 57). Había sillas y bancos para el público, pero las primeras eran de pago y sólo los usuarios de una determinada zona podían consumir refrescos; los bancos no costaban nada, pero los que se sentaban en ellos no podían beber. Los que no tenían dinero para sillas o preferían caminar lo harían pausadamente, con la debida «compostura y regularidad» que merecía un lugar tan respetable.

Pero los madrileños pasaban por todo, incluso por lo de la compostura, porque en Madrid jardines había muy pocos. Dentro de la ciudad, aparte de los reyes, sólo disfrutaban de tal lujo las monjas y frailes que vivían en inmensos conventos, entre los que destaca el de las Salesas Reales, en la calle de San José, con su enorme huerta y su frondoso arbolado que limitaban con los paseos de Recoletos y de la Ronda. Las casas de algunos nobles, como el palacio viejo de los duques de Osuna, en la calle de Leganitos y el inmenso palacio de Medinaceli (situado donde hoy están la iglesia del mismo nombre y el hotel Palace) tenían también imponentes zonas verdes en su interior. Según el modelo imperante de gusto neoclásico importado de Italia y Francia, se construyen nuevos palacios-jardín como el de Li-

ria (de los duques de Liria, Berwick y de Alba, cerca de la Puerta de Conde Duque), el de los condes de Superunda, el de Altamira, el del banquero Goyeneche, el de Buena Vista y, fuera del recinto urbano, el de la Alameda de Osuna, donde se daba cita la crema de la sociedad. A finales del XVIII se hicieron gran parte de las obras de desmonte de la futura Plaza de Oriente y se plantearon los jardines de Sabatini, en la fachada norte del palacio. El traslado de la familia real a su nuevo domicilio fue seguido por el de los nobles, que vuelven a interesarse por la zona oeste de la ciudad; en adelante, la gente bien tendió a vivir lo más cerca posible de la residencia del soberano, organizando saraos y tertulias, donde las damas eran las reinas indiscutibles, que reunían literatos, pensadores, artistas y extranjeros ilustres.

En los barrios populares, como el de Latina y Avapiés, habitados por personas de bajo nivel, la vida discurría al mismo ritmo que en las aldeas. Como las casas eran pequeñas y en ellas se amontonaban varias familias, cuando el tiempo era bueno la gente realizaba sus quehaceres en la calle y mientras el padre se afeita, la madre cose en corro con las vecinas o despioja a su prole. En la calle se comen las tripas llenas de sangre llamadas «taranganas», se juega a las cartas, se organizan bailes y se cuajan amoríos. Servando Teresa de Mier dice que un día en el barrio de Avapiés, el de vecindario más desgarrado, se armó una batalla a pedradas entre los hombres, montados en burro, a cuenta de dónde se bailaba mejor el fandango; ganaron los de Avapiés (Checa, J. L.: 1993, 311). La gente de bien procuraba no acercarse a los barrios bajos donde podían recibir insultos e incluso agresiones de manolos bravucones o de sus fieras mujeres de navaja en la liga.

A finales del XVIII en la parte más antigua de la ciudad, calle de Toledo, Plaza Mayor y en los barrios bajos de Latina, Avapiés, Inclusa, Hospital o San Francico se construyeron casas de varios pisos en torno a un patio central, divididas en viviendas de dimensiones muy reducidas, las llamadas «casas de corredor». Pese a su alta densidad de ocupación, en estas casas reunían aceptables condiciones de habitabilidad y el patio era el lugar de reunión de los vecinos que celebraban allí sus fiestas y otras actividades de la vida cotidiana.

Cada cual en su barrio, según su condición, y los pobres por todas partes. En la ciudad resuena sin cesar el grito de los mendigos que pi-

den limosna: jóvenes, viejos, mancos, cojos, idiotas, mujeres embarazadas, niños que exhiben llagas horribles, auténticas o fingidas, e incluso soldados lisiados vestidos con su viejo uniforme y luciendo condecoraciones. Todo el emjambre bulle, gimotea y se abalanza sobre los transeúntes, interrumpiendo el paso de las literas y los lujosos carruajes, rodeándolos como nube de tábanos muleros, sin ceder el terreno aunque los criados de los nobles les midan las costillas a bastonazos. En las gradas de la iglesia de San Felipe de la Puerta del Sol o bajo las arcadas de la Plaza Mayor, familias enteras de jornaleros que vienen desde el pueblo empujados por el hambre escuchan embelesados a los ciegos, verdadera élite de los mendigos, que cantan las últimas novedades de la Corte: el traje que llevó a la verbena la de Alba, la pelea de la princesa de Asturias con su amante, el conde de Teba, o el hallazgo en la vieja muralla árabe de los restos de un gran elefante que nadie acierta a imaginar como ha llegado hasta allí. La mayoría de los pobres inmigrantes no van a encontrar en Madrid el ansiado trabajo y pronto pasan a engrosar las filas de los rateros, los mendigos y las busconas.

Cuando en 1790 se quema la Plaza Mayor hacía ya dos años que Carlos III había fallecido. Aquel constructor tenaz, que tuvo excepcionales colaboradores en sus ministros, emprendió con resolución muchas de las reformas que eran necesarias en España y en Madrid quedaron como testimonio suyo puertas, bibliotecas, academias, jardines, fuentes, palacios, fábricas, paseos, un banco nacional, un jardín botánico y un largo etcétera imposible de resumir en este breve recordatorio.

En 1789, los festejos por la subida al trono de Carlos IV duraron toda una semana y por las fuentes de la Puerta del Sol el vino manaba sin descanso. También hubo toros en la Plaza Mayor y en la corrida que presenciaron los reyes se mataron 17 reses; los grandes de España repartieron pan entre los pobres y bailaron en compañía de diplomáticos y nobles. El baile de la duquesa de Alba fue, como siempre, el más sonado, y hasta se derribó la tapia de palacio para que entrara con comodidad la carroza real (Del Castillo, Michel: 1978, 36).

En los años siguientes se construyen entre otros edificios el de la Real Fábrica de Tabacos, el convento de las Salesas Nuevas en la calle de San Bernardo y el convento de San Gil; y también bellos pala-

cios, como el de Buenavista, actual ministerio del ejército, regalado a Godoy por el Consejo, el de Tapa, en la calle San Sebastián o el de Villahermosa, en el Prado esquina a la Carrera de San Jerónimo. Pero, si hemos de creer a Mesonero (1861, LXII), pese a las mejoras, Madrid «presentaba todavía el mismo aire villanesco de mediados del siglo anterior». Incluso persistía la costumbre de enterrar bajo las bóvedas y en las sacramentales de las iglesias lo que obligaba a exhumar cada cierto tiempo los cadáveres. Aquellas siniestras «mondas», hechas en plena calle y a la luz del día, terminaban con la conducción de los restos al «estercolero común».

Poco tiempo después aquel Madrid donde todo era extremado, donde los pobres exhibían sus lacras con la misma desvergüenza que los ricos su dinero, el de las duquesas, los majos y los toreros, tan dado a las algaradas y a los espectáculos de religiosidad callejera, se vio arrasado por el vendaval de la guerra y ya nunca volvió a ser como antes.

El 25 de marzo de 1808 la Gaceta publica la abdicación de Carlos IV en la persona de su hijo Fernando, que el 9 de abril sale para Bayona donde le espera Napoleón. El 2 de mayo Madrid entero se levanta contra los franceses, que luego establecerán su cuartel general en la Fábrica de Porcelana del Buen Retiro, donde hoy está la glorieta del Ángel Caído. De aquellos sucesos tan conocidos y de sus consecuencias nos dejó una información privilegiada Francisco de Goya, el mejor cronista gráfico de la época.

A José I que, como dice Sainz de Robles, no era borracho ni tuerco, el pueblo de Madrid nunca lo quiso por intruso y por Bonaparte. Tampoco era tonto y en su corto reinado inició importantes reformas urbanísticas que de haberse podido completar hubieran cambiado la fisonomía de la ciudad.

Intentaba Bonaparte transformar Madrid en una urbe de grandes espacios abiertos, en la que destacaran una serie de plazas monumentales desde el Palacio Real a la iglesia de San Francisco, vinculadas entre sí a semejanza de los foros imperiales de Roma. El arquitecto mayor, Silvestre Pérez, fue el encargado de materializar aquellos sueños de grandeza y otros menos fantasiosos por los que José I se ganó el sobrenombre de «rey plazuelas» (Navascués, P.: 1993, 406). Para dejar sitio a las muchas plazas que iban a convertir a Madrid en una ciudad menos agobiada era imprescindible demoler los edificios que

ocupaban más terreno, como los conventos e iglesias que dentro de sus muros poseían grandes extensiones dedicadas a jardín, huerta o vivienda de las comunidades.

Como este rey estaba tanto o más necesitado de dinero que los Borbones, a finales de julio de 1809 decretó la venta de las propiedades de hospitales y otras instituciones benéficas y la suspensión de todas las órdenes religiosas del territorio nacional, pasando sus miembros a jurisdicción secular bajo el control del Estado. La desamortización de José Bonaparte sirvió al menos para embellecer a la capital del reino: donde antes se levantaban los conventos de Santa Catalina de Siena, el de Santa Ana, el de los padres Premostratenses o Mostenses, el de la Pasión, el convento de San Gil y la Iglesia de San Miguel, surgieron las plazas de las Cortes, Santa Ana, los Mostenses, de la Cebada, el cuartel de San Gil y la plaza de pescado de San Miguel. También se derribaron iglesias que fueron más tarde reconstruidas en el mismo lugar como la parroquia de San Ildefonso, la de San Martín y las de San Juan y Santiago, unificadas en 1811 en un solo edificio. De la misma época son las plazas actuales del Rey, de Isabel II, de Santa Clara, de Celenque, de la Bolsa y del Callao.

La ampliación de la Plaza de Oriente se inició con el derribo de una manzana de 56 casas y años después, ya repuesto Fernando VII, la plaza era todavía un solar intransitable. También se intentó acabar con la antihigiénica costumbre de enterrar en las sacramentales de las iglesias y de los grandes hospitales que Carlos III, pese a lo legislado, no se atrevió a erradicar. Pero el decreto de 4 de marzo de 1809 que disponía la creación de tres grandes cementerios extramuros no llegó a hacerse realidad más que de forma parcial.

Como la ciudad seguía asfixiada por la cerca, durante el reinado de El Deseado proliferaron las casas en altura, sobre todo en los barrios del centro. Los nuevos edificios estaban concebidos para ser habitados por familias de distinto nivel social y económico y la jerarquización se apreciaba incluso en la fachada. Los pisos más caros eran los «principales», con habitaciones amplias y bien ventiladas, que eran ocupados por gentes de mayor poder adquisitivo. Los sótanos, los bajos y los áticos, pequeños, húmedos y con pocos huecos a la calle servían de vivienda a los más humildes. Las clases medias se quedaban con los entresuelos. También se hicieron im-

portantes edificios públicos y monumentos como el Museo de Artillería e Ingenieros, el Conservatorio, la Puerta de Toledo, el obelisco del Dos de Mayo en el Prado y el edificio de la Bolsa de Comercio.

Ya bien entrado el siglo XIX, las costumbres de los madrileños no habían cambiado sustancialmente y la capital era todavía un poblachón sucio e insalubre por el que transitaban a su antojo toda clase de animales domésticos, cabreros que ordeñaban a sus cabras ante las puertas de los clientes y largas reatas de burros que eran el único medio de transporte de cargas. Galdós (1988, 11) cuenta que en el portal de una casa principal, cercana a la puerta del Sol, estaban instalados un memorialista y un pequeño puesto de quincalla y «la parte izquierda, y especialmente, el rincón contiguo a la puerta, era un lugar en el que el público ejercía un incontestable derecho de servidumbre. Era un centro urinario». Todavía es más cruda la descripción de Ángel Fernández de los Ríos (1868, 65): «... la alcantarilla de la Fuente Castellana a la vista de Madrid en medio de la calle de Alcalá y al descubierto desde la puerta de Atocha; la Plaza de Oriente reducida a un inmenso derribo, tal como la dejó José I, formando un desierto africano, imposible de atravesar en estío y en invierno; las Plazas Mayor y de Antón Martín, la Red de San Luis, la Cuesta de Santo Domingo y otros puntos principales de Madrid obstruidos por puestos de cajones inmundos; el contorno del Buen Suceso, depósito de los restos de las víctimas del Dos de Mayo, convertidos en una columna mingitoria; las basuras de las casas arrojadas en mitad de las calles; los carros de Sabatini en ejercicio; el alumbrado tal como se estableció en Madrid; la sopa de los conventos, la miseria del pueblo, el rosario, los ladrones y los jubileos recorriendo alternativamente los barrios; los miembros de los descuartizados recogidos en los caminos, expuestos en la torre de Santa Cruz, las bandas de los malhechores rondando las tapias de la Villa; los portales de las casas a oscuras convertidos en lupanares, y los comparsas del Pecado Mortal dando voces lastimeras para sacar dinero, tal era el aspecto de la población, no más lejos que el año de 1833, en que murió Fernando VII».

Los teatros de Madrid se estaban poniendo muy caros. Ya no gustaban las comedias alegóricas, que habían dejado de representar las inquietudes del pueblo y ni siquiera los dramones románticos de